

José Agustín de la Puente Candamo en los inicios del Opus Dei en el Perú

Manuel de la Puente Brunke

Los inicios del Opus Dei en el Perú están vinculados al ambiente académico, impregnado de un profundo sentido cristiano, que existía en torno al Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, desde fines de los años 1940 en adelante.

La Universidad Católica había iniciado su andadura en 1917 fruto del celo evangelizador del P. Jorge Dintilhac, religioso de los Sagrados Corazones, que se propuso fundar en Lima una universidad de inspiración cristiana que afirmara la presencia de la Iglesia en lo personal y en lo social. El P. Dintilhac había sido profesor del colegio limeño de La Recoleta y había visto cómo muchos de sus alumnos, cuando se incorporaban a la Universidad de San Marcos, impregnada del positivismo propio de la época, vivían un proceso de alejamiento de la fe. Fue precisamente una finalidad apostólica la que estuvo presente en la raíz y en la causa de la Universidad que fundó el P. Dintilhac (Puente, *Memorias de Orbea*, pp. 159-160).

Las actividades académicas del Instituto giraban principalmente alrededor de los seminarios de investigación que dirigían jóvenes profesores como José Agustín de la Puente en Historia, Enrique Torres Llosa en Filosofía, Luis Jaime Cisneros en Lingüística, Josefina Ramos en Arqueología y Jorge Puccinelli en Literatura. También organizaban conferencias para un público más amplio.

En la correspondencia entre De la Puente¹ y sus colegas del Instituto se refleja claramente la preocupación por lo que podríamos llamar la formación integral de los estudiantes universitarios. Se interesaban tanto de lo académico como de la vida cristiana de los alumnos. En torno a las actividades del Instituto organizaban con los estudiantes universitarios de primer año exposiciones y debates sobre los problemas esenciales de la cultura peruana de entonces, como el hispanismo o el indigenismo. Veían tal desconcierto sobre estos temas que esperaban que una labor de este tipo tuviera gran importancia formativa. Asimismo, organizaban en la Capilla del Instituto

¹ Una amplia selección de su epistolario de esos años puede verse en <https://delapuentecandamo.pe/>

actividades religiosas para los alumnos, como la comunión mensual de los primeros viernes. Una vez al mes convocaban reuniones con alumnos para la lectura comentada de diversos textos sobre la universidad, desde Ortega y Gasset hasta el cardenal Newman (Carta de Enrique Torres Llosa, 27.X.1949, APC).

Un problema que advirtieron era el contraste entre lo que los estudiantes recibían en la universidad con una cultura horizontal, nivelada, sin perspectiva ni profundidad y lo que pretendían hacer en los seminarios, al impulsar una actividad de investigación que hiciera pensar a los alumnos y los sacara de la monótona tarea memorística. Torres Llosa describía con mucha precisión lo que se proponían:

Iniciar a los muchachos en el conocimiento y trato con las ideas vivas de la Cultura; hacerles ver que ellos son el problema mismo; darles ideales para sus empresas personales y sociales; enseñarles a hacer de su vida una vida culta; todo lo cual, naturalmente, está muy alejado de la memorización precipitada de unos programas, que es lo que hoy se hace en la Universidad; y, por otro lado, no es lo que específicamente se persigue en un Seminario de Investigación (Carta de Enrique Torres Llosa, 27.X.1949, APC).

En el Instituto Riva-Agüero se vivía un ambiente que podría calificarse como de «evangelización de la cultura». Es decir, unido al afán por desarrollar una exigente actividad de investigación académica, tenían la preocupación por realizar la síntesis entre fe y cultura. Sentían muy viva la obra espiritual que había venido a desarrollar la Universidad Católica desde su fundación. Así se explica cómo un joven profesor de solo 27 años, como era José Agustín de la Puente en 1949, se preocupara de visitar en Madrid al beato Álvaro del Portillo, como veremos más adelante, para proponerle que profesores del Opus Dei se trasladaran a Lima para trabajar en la Universidad Católica y que luego se encargara de comunicárselo al rector de la Universidad.

Héctor López fue uno de los estudiantes que comenzó a asistir al seminario de Historia en 1955 y recordaba:

Me interesó muchísimo el énfasis que ponía el Dr. De la Puente en el conocimiento de las fuentes sobre las materias que se tratarían. Era fascinante tener en las manos las primeras ediciones de los libros de Mitre, Otero, Paz Soldán y otros autores a propósito de la figura de José de San Martín. Personalmente sentí que el Instituto Riva-Agüero era el lugar ideal donde podía encontrar a otras personas que, al igual que yo, buscaban afianzar su vocación por el estudio de la Historia. Algo más, en el Instituto Riva-Agüero inicié una fraterna amistad con quienes a lo largo de toda mi vida, literalmente, me acompañaron no sólo en torno a inquietudes académicas, sino también en todas las horas. Con la presencia de don Víctor Andrés Belaúnde y la de José Agustín de la Puente Candamo el Instituto Riva-Agüero se convirtió en

el sólido sustento de mi formación ideológica que nunca ha variado. Ahora, en estos momentos avanzados de mi vida, he tenido que ser testigo de la partida de esos fraternos amigos y también del maestro, uno detrás de otro, y no puedo evitar que muchas veces el corazón se me apriete por la nostalgia de su ausencia (Testimonio de Héctor López Martínez).

Estaban comprometidos en esas tareas académicas y evangelizadoras sin desconocer las difíciles circunstancias sociopolíticas por las que pasaba el Perú en ese entonces y sabiéndose parte de los retos que debían enfrentar. Como se puede percibir en el epistolario, veían muy clara la necesidad de hacer del Instituto un organismo vivo que realmente contribuyera a la formación integral de los muchachos, entre ella y bien entendida, también la formación política.

Todavía estaba reciente el golpe militar del General Odría, que había derrocado al Presidente Bustamante y Rivero en 1948, y reinaba en el país un ambiente de violencia política y de incertidumbre ante el futuro. Son reveladoras de esta situación lo que Cisneros le contesta a De la Puente cuando este, desde Europa, le pide noticias sobre la situación política del país: «¿De política, dices? Debe haber sido el tuyo error tipográfico. Hablar de política es, como siempre, hablar de policía. Y no leo noticias policiales hace mucho tiempo. Prefiero esperar las revistas bibliográficas que envías» (Carta de Luis Jaime Cisneros, 26.VIII.1949, APC).

Sin embargo, no todo era sombrío en el sentir de estos profesores y estaban esperanzados en la eficacia de la tarea formativa que tenían por delante. El mismo Cisneros, en otro tono, decía: «Tú, que tienes fe más fuerte que la mía, ruega para que la justicia, la cultura y la libertad puedan ser ganadas por nuestra generación para esta pobre tierra nuestra» (Carta de Luis Jaime Cisneros, 8.XII.1949, APC).

En ese ambiente de interés por la formación integral de los estudiantes, De la Puente y Torres Llosa decidieron constituir un patronato que promueva en Lima la instalación de un Colegio Mayor al estilo de los que tenía en España el Instituto de Cultura Hispánica. Como miembros honoríficos del patronato convocaron a Víctor Andrés Belaunde y al P. Felipe MacGregor SJ. El patrimonio con el que contaba el patronato lo constituían unos terrenos de la familia De la Puente.

Aunque De la Puente y Torres Llosa eran los que dirigían el proyecto del Colegio Mayor, contaban con el apoyo de otros miembros del Instituto. A Luis Jaime Cisneros, por ejemplo, que dirigía el Seminario de Lingüística, le parecía muy buena la idea de promover los Colegios Mayores, en la que colaboraba con entusiasmo. Aunque eran conscientes de las dificultades que tenía el proyecto, lo veían con esperanza, pues consideraban que sería un medio formativo de extraordinarias proporciones (Carta de Luis Jaime Cisneros, 8.XII.1949, APC).

Durante varios años estuvieron trabajando en el proyecto del Colegio Mayor, pero no encontraban la manera de ponerlo en práctica. Llegaron hasta ponerle el nombre de Colegio Mayor Hispano-Americano de San Carlos de Lima. Tanto De la Puente como Torres Llosa habían estado en España en esos años y habían visto en funcionamiento los Colegios Mayores que promovía el Instituto de Cultura Hispánica (Navarro, *La casa matriz del sueño hispánico. El Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe 1847-2009*) y también habían conocido los que promovía el Opus Dei.

En 1946 De la Puente viajó a España con la delegación peruana que asistió al XIX Congreso mundial de Pax Romana, un congreso de estudiantes católicos. El congreso se clausuró en El Escorial, donde le presentaron a Vicente Rodríguez Casado, uno de los primeros fieles del Opus Dei, con quien mantuvo una gran amistad y con quien, años después, coincidió en el empeño de los inicios de la Universidad de Piura (Puente, *Memorias de Orbea*, pp. 186-189).

Rodríguez Casado era ya conocido como un historiador peruanista, tanto por sus investigaciones y publicaciones como por la amistad con historiadores peruanos. En 1950 había sido designado miembro correspondiente de la Sociedad Peruana de Historia (AGUN).²

En agosto de 1948 De la Puente tuvo un nuevo encuentro con personas del Opus Dei y esta vez fue en el Perú. Pedro Casciaro, Ignacio de la Concha y José Vila estuvieron unos días en Lima, en un largo viaje por algunos países de América, evaluando las posibilidades de la llegada de la Obra. (Martínez, *Los ojeadores*). En abril de ese año, cuando estaban haciendo los preparativos del viaje en la Embajada del Perú en Madrid, los había atendido Guillermo Lohmann y les había dado una carta para De la Puente. Así se lo contaba Lohmann a De la Puente en una carta de abril de 1948 en la que le decía que se había tomado la libertad de entregarles una carta de presentación para él a tres jóvenes catedráticos universitarios españoles que van al Perú a tomar contacto con nuestra juventud universitaria. Lohmann no se refería directamente a la finalidad del viaje y solo le decía a De la Puente, de modo genérico, «que ellos te hablarán de proyectos muy interesantes, que no tienen cabida aquí, y que seguramente habrás conocido cuando estuviste en estos lares, y que están completamente de acuerdo conmigo» (Carta de Guillermo Lohmann, 8.IV.1948, APC).

En 1949, De la Puente viajó a Europa y en Madrid fue recibido por Álvaro del Portillo. En una carta desde Sevilla, de enero de 1950, al rector de la Universidad Católica, da cuenta de esa entrevista y le manifiesta su interés en que unos profesores universitarios del Opus Dei puedan trasladarse a Lima y trabajar en dicha universidad:

² Le agradezco al doctor Vicente Rodríguez García su amabilidad al poner a mi disposición la versión digital del epistolario de Vicente Rodríguez Casado.

Quiero explicarle un proyecto que puede convenir a la Universidad, se trata de lo siguiente: en Madrid he hablado con D. Álvaro del Portillo, Procurador General del Opus Dei, y que se haya muy interesado en que pasen al Perú algunos miembros de la Obra. Ellos, como Ud. sabe, se dedican preferentemente a la labor universitaria, y tienen entre su personal elementos de indudable calidad. Pues bien, si a la U. C. le conviene el viaje de algunos profesores de determinada especialidad, ellos mandarían los datos de las personas disponibles. Según tengo entendido, previo trámite con el Ordinario etc., podrían marchar inmediatamente. Me indicó el P. Portillo que ellos se encargarían de todo el aspecto material del viaje y de la vida en Lima; la labor universitaria les serviría de una base de acción. (...) Sin duda, usted conocerá mejor las ventajas y los obstáculos de este proyecto, mas, no he querido dejar de presentárselo por la importancia que puede tener la colaboración de nuevos profesores en la obra espiritual de la Universidad (Carta a Rubén Vargas Ugarte, 15.I.1950, APC).

El proyecto de la llegada a Lima de profesores para la Universidad Católica no se concretó en ese entonces, pero De la Puente mantuvo el contacto con Rodríguez Casado, quien viajó al Perú en noviembre de 1952, invitado por el Instituto Riva-Agüero (Carta a César Pacheco Vélez, 8.X.1952, APC).

La llegada a Lima de Rodríguez Casado fue la ocasión que tuvieron los profesores peruanos para poner en práctica el proyecto del Colegio Mayor. Al ver que no conseguían concretarlo, decidieron disolver el Patronato y entregarle al Opus Dei el patrimonio de este para que pusieran en Lima una residencia universitaria. De una manera que se puede calificar de providencial coincidieron los intereses de estos profesores con el interés que tenía el Opus Dei en ese entonces de extenderse por América.

Con la venia del arzobispo de Lima, como veremos más adelante, y mediante escritura pública firmaron un convenio preparatorio de constitución de una sociedad inmobiliaria. Rodríguez Casado lo firmó en representación del Opus Dei y De la Puente y Torres Llosa como propietarios del patrimonio. En el convenio acordaron disolver el patronato y entregarle el patrimonio al Opus Dei para que instalara en Lima una residencia de estudiantes universitarios.

Como aparece en el convenio, el patrimonio del patronato estaba constituido por un terreno del fundo Santa Teresa en Monterrico y por un solar edificable en la avenida Miramar en el Callao, valorizados en 300,000 soles, de propiedad de De la Puente y de Torres Llosa.

El terreno del Callao, José de la Puente Olavegoya, padre de José Agustín, lo había donado unos meses antes a Torres Llosa con la condición de que lo usara para financiar la construcción del Colegio Mayor. Con toda seguridad se puede advertir que el mismo José Agustín de la Puente organizó esta operación para que no apareciera él como el único aportante en el convenio.

Esto concuerda con su estilo discreto y, de hecho, lo advirtió Rodríguez Casado cuando en medio de las negociaciones no entendía muy bien qué papel tenían en el patronato Víctor Andrés Belaunde y el P. Felipe MacGregor. Al enterarse de que todo el patrimonio era de la familia De la Puente se quedó tranquilo y advirtió que «el dinero es de la exclusiva propiedad de los padres de José Agustín, a través de la idea de su hijo; al fin he podido enterarme de esto, porque la extremada modestia de este chico hacía que no hubiera forma de saberlo» (Carta de Vicente Rodríguez Casado, 26.XI.1952, AGP).

En las cartas de Rodríguez Casado desde Lima se ve el entusiasmo con que acogió el ofrecimiento de esa ayuda, que resultó muy oportuna para que se concretara el comienzo de las actividades del Opus Dei en el Perú. Precisamente, hablando con De la Puente, le dijo que parecía natural que cuando el Opus Dei podía ir a tantos sitios del mundo, se comenzara por aquellos en los que no tropezaran con dificultades económicas, especialmente en los primeros tiempos, dificultades que consumían tantas energías (Carta de Vicente Rodríguez Casado, 2.XI.1952, AGP).

Qué mejor modo de comenzar las actividades apostólicas en un nuevo país, que contando con la ayuda de dos profesores universitarios sinceramente preocupados por la formación cristiana de la juventud y que, además, ponían a disposición de la Obra unos recursos con los que poder instalar una residencia universitaria. Además de firmar el convenio, Rodríguez Casado quedó en enviarles los nombres y profesiones de los que irían al Perú para que les puedan conseguir alguna colocación de profesor en la Universidad Católica, siempre que llegaran antes de que comenzara el año académico. Esto lo conversaron en noviembre de 1952 y ya estaban pensando en que los primeros de la Obra llegaran a Lima antes de abril del siguiente año (Carta de Vicente Rodríguez Casado, 26.XI.1952, AGP).

Unos días después de marcharse de Lima Rodríguez Casado, De la Puente le escribió para reiterarle la voluntad expresada en el convenio y le aseguraba que si no sucedía nada extraordinario se podrán vender de inmediato los terrenos y podrán disponer de ese dinero para la construcción de la residencia de estudiantes. A vuelta de correo, Rodríguez Casado le contestó diciéndole que lo primero que hizo al llegar a Madrid fue informar a los directores de la Obra sobre el convenio firmado. Aunque todavía no tenía noticias concretas que darle, sí le anticipó que se colmarán todas sus ilusiones (Carta a José Agustín de la Puente, 20.XII.1952, AGP/P).

Se ve que en Lima se habían quedado con una gran expectativa, pues a mediados de enero de 1953, De la Puente le escribió a Rodríguez Casado agradeciéndole por su última carta y diciéndole que Enrique Torres Llosa y él, con verdadero entusiasmo esperaban noticias sobre la Obra. Esperaban que no se presentara ninguna dificultad y que pudieran llegar lo más pronto posible. Sobre el asunto económico, le dijo que seguía su camino normal y

que estaba seguro de que no tendrían ningún obstáculo para cumplir con todos los detalles (Carta a Vicente Rodríguez Casado, 20.I.1953, AGP/P).

Esa carta se cruzó con una de Rodríguez Casado, del 21 de enero de 1953, en la que le contaba que había estado en Sevilla charlando largamente con César Pacheco y Luis Sánchez-Moreno quienes estaban muy contentos y haciendo muchos proyectos sobre el futuro del Perú. Todavía no lo podía confirmar, pero la idea era que los primeros de la Obra fueran al Perú antes del comienzo del año académico (Carta de Vicente Rodríguez Casado 21.I.1953, AGP/P).

En febrero le volvió a escribir Rodríguez Casado ya con noticias mucho más concretas. Le decía que dentro de unos días saldría para Lima el sacerdote Manuel Botas, que también es ingeniero. En junio se embarcarán también César Pacheco y Luis Sánchez-Moreno. A vuelta de correo, De la Puente le contestó dando gracias a Dios que, poco a poco, los proyectos se fueran aproximando a la realidad. Le decía que Enrique Torres Llosa y él han tenido una alegría inmensa al recibir las buenas noticias y con el mayor entusiasmo esperaban al P. Botas. En abril, De la Puente le volvió a escribir para reiterarle su entusiasmo por las buenas noticias de la carta de febrero. Esperaban que les avisaran oportunamente de la fecha de la llegada de los primeros. Y para el P. Botas, si llegaba a tiempo, le ofrecía una plaza de profesor en la Universidad Católica. En una carta a César Pacheco, fechada en mayo de 1953, De la Puente le pidió que le reitera a Rodríguez Casado el entusiasmo con que Torres Llosa y él estaban esperando la llegada del P. Botas y del grupo que le acompañaba.

A mediados de abril de 1953, Rodríguez Casado le escribió con los datos de los primeros componentes de la expedición al Perú. Para obtener el permiso de entrada como emigrantes le pidió que haga unos trámites en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú para que les dieran la visa. Se trataba de Manuel Botas Cuervo, sacerdote e ingeniero industrial, José Soria Ruiz, José Ramón Villota Elejalde y Javier Cotelo Villareal. Finalmente, de los cuatro anunciados, solo llegó a viajar Manuel Botas, pues los otros tres eran estudiantes y no habían cumplido el servicio militar, circunstancia que impedía su salida de España (Cotelo, pp. 23 y ss.).

De la Puente le contestó manifestándole el gusto que tenían por la noticia de la inmediata expedición. El asunto de los pasaportes lo tenían prácticamente resuelto. El Embajador de España estaba gestionando todo en el Ministerio de Relaciones Exteriores y calculaba que en unos diez días estaría la orden en el Consulado del Perú en Madrid. Le decía también que será muy útil una carta de Mons. Escrivá para el Cardenal y otra para el Arzobispo Coadjutor (Carta de José Agustín de la Puente, 4.V.1953, AGP/P).

Manuel Botas organizó el viaje con Vicente Rodríguez Casado, quien lo acompañaría hasta Lima para presentarle a sus amigos historiadores, pero

poco después se regresaría a España. Los tres estudiantes peruanos que ya eran de la Obra y que estaban en Europa, Luis Sánchez-Moreno, Javier Cheesman y César Pacheco, llegarían un tiempo después. En una carta de abril de 1953, Pacheco le escribió a De la Puente suponiendo que ya estaría en contacto con Botas, ante su inminente llegada a Lima (Carta de César Pacheco, 12.IV.1953, APC).

El 9 de julio de 1953 llegaron al aeropuerto de Limatambo Botas y Rodríguez Casado. Los recibieron De la Puente y Cisneros con un grupo de estudiantes de la Católica, entre los que estaban Armando Nieto, Raúl Zamalloa, José Antonio del Busto y Armando Zubizarreta. Debido a la dificultad de entender los cables que le habían enviado desde Guayaquil anunciando su llegada, habían ido ya dos veces a esperarlos al aeropuerto. Pensando que tenían con qué pagar el alojamiento, De la Puente les aconsejó que fueran al hotel Bolívar para que Botas se hiciera una buena impresión de Lima. Rodríguez Casado propuso ir al hotel Maury, más económico, pero no tenía habitaciones disponibles. Terminaron almorzando en el Maury, invitados por De la Puente. La estancia en el Bolívar duró muy poco, no más de un día, pues no contaban con dinero para pagarlo. Efectivamente, el capital con el que llegaban a Lima ascendía a poco más de cien dólares, fruto del donativo de un pariente de Botas en Caracas y de las conferencias que Rodríguez Casado había dado en las etapas anteriores del viaje, por las que cobraba cien dólares.

Según los recuerdos de Rodríguez Casado, del hotel Bolívar se fueron enseguida a un departamento muy pequeño, de dos habitaciones, en la calle Washington 1529, en el Centro de Lima. Era el segundo piso de una pequeña y muy modesta casa de dos pisos. En el primer piso vivía una señora de unos ochenta años, hermana de Manuel Vicente Villarán, un conocido abogado. Al hacer las negociaciones para el alquiler de ese departamento, Botas les dio la referencia del padre de José Agustín de la Puente. Villarán lo buscó, antes de cerrar el contrato, muy intrigado por ese sacerdote español que en su tarjeta de visita se presentaba como «Ingeniero-Doctor-Sacerdote». Recordaba Botas que la señora les prestaba el teléfono porque ellos no tenían cómo pagarlo. El departamento estaba totalmente vacío y no tenían posibilidades todavía de comprar ningún mueble. Como no había nada, Rodríguez Casado y él dormían en el suelo y también se sentaban en el suelo. Habían pasado, con buen humor, de dormir en un gran hotel a dormir en el suelo. En cuanto pudieron compraron unos colchones y los echaron en el suelo. Comían, muy poco, en un pequeño restaurant que había cerca y era barato.

Instalados en la calle Washington, De la Puente se dio cuenta de que necesitarían un auto para movilizarse adecuadamente por Lima y les dio un cheque de 35,000 soles, monto suficiente para que compraran un automóvil inglés que consideraba adecuado para sus necesidades. Ellos le convencie-

ron de que eran mucho mejores los Citroën que costaban bastante menos. Terminaron comprando un Citroën 11 y con la diferencia se pudieron ayudar para instalar la casa.

Botas recién iba conociendo a De la Puente y con el asunto del auto advirtió que era un hombre de pocas palabras, pues uno de esos primeros días en Lima, Rodríguez Casado había comentado que se perdía mucho tiempo a pie. A continuación, De la Puente dijo que necesitaban un auto para ganar tiempo y el siguiente comentario – muy elocuente – fue entregarles el cheque para que lo compren. También les ayudó a buscar una casa más adecuada a sus necesidades.

Ya llevaban una semana en Lima y De la Puente, que estaba siendo su principal apoyo, no los había invitado a su casa en la hacienda Orbea, una antigua casona virreinal en el barrio de la Magdalena, y tampoco les había presentado a sus padres. Botas se lo comentó, extrañado, a Rodríguez Casado, quien con la confianza que tenía con José Agustín, y sabiendo que había alguna razón, se lo dijo enseguida. Efectivamente, había una dificultad importante y era que si mostraban mucha proximidad con él y con sus padres, les resultaría difícil el trato con alguno de los historiadores del grupo, en especial con Raúl Porras, con quien De la Puente tenía alguna diferencia de tipo intelectual, y consideraba que precisamente Porras podría ser un gran apoyo para ellos, como efectivamente lo fue. Le agradecieron a José Agustín esa delicadeza. Afortunadamente, esa dificultad se resolvió enseguida y al poco tiempo conocieron a José de la Puente Olavegoya y a Virginia Candamo Álvarez-Calderón, los padres de José Agustín. Así los recordaba Rodríguez Casado:

Realmente que los tres forman una magnífica familia. D. José, con sus ochenta años, más o menos, es el clásico gran señor criollo, con sus continuas agudezas llenas de ingenio. Dña. Virginia, la madre, dispuesta a apoyar todo lo bueno que se le proponga, sin reparar en los sacrificios que cueste, aun en los económicos, que parece que a los ricos son los que más les cuestan. Y los dos cerrando filas tras su único hijo, Agustín, para convertir en realidad los deseos de este (*Diario de La Colmena*, AGP).

Botas estaba muy agradecido por las atenciones que recibía de Virginia Candamo y su familia. Recordaba Botas con emoción que los diez días de 1953 en los que se quedó solo en Lima, entre la marcha de Rodríguez Casado y la llegada de Sánchez-Moreno y Pacheco, no se pudieron portar mejor, llamándolo continuamente para que no almorzase ni comiese solo. A muchas de sus amistades hizo que les enviaran muebles y otras cosas. También le presentó a muchísima gente y le habló de la Obra a cuantos podía. Les tenía un cariño enorme y también veía con buenos ojos que su hijo José Agustín fuera de la Obra.

Botas le sugirió a Escrivá, que le pusiera unas letras a Virginia Candamo pues ella era sin duda la que empujaba en todo a su marido y a su hijo. Les escribió a los De la Puente en enero de 1956, enviándoles su bendición y deseándoles, con agradecimiento, un felicísimo año nuevo.

José de la Puente Olavegoya tenía cerca de ochenta años, pero un espíritu muy jovial que le llevó a sintonizar muy bien con los jóvenes de la Obra. A varios de sus amigos se los presentó a Botas para que los atendiera sacerdotalmente, sobre todo cuando alguno se enfermaba, aunque fueran personas que llevaban muchos años alejadas de la vida cristiana.

Esas primeras semanas en Lima no estuvieron libres de accidentes, aunque sin mayores consecuencias. A mediados de agosto fueron a Ica para que Rodríguez Casado, antes de volver a España, se despidiera del cardenal Guevara que se encontraba convaleciente de una reciente operación. Botas recordaba muy bien el viaje que hicieron en el Citroën con De la Puente al volante, Rodríguez Casado y Cisneros:

Casi todo muy bien... El Cardenal encantado con nuestra visita: pasó un rato estupendo. Tomamos té en Paracas y de regreso a las nueve y media de la noche nos estrellamos contra un camión de la que salimos sin un rasguño, por obra y gracia de los Custodios. El camión nos cruzó las luces, cegó a Agustín y nuestra rueda delantera izquierda arremetió contra la trasera del camión. A las dos de la madrugada llegamos a casa escoltando el Citroën que venía remolcado por una grúa y con la paliza de 800 km en el cuerpo: casi todo muy bien (*Diario de La Colmena*, AGP).

En todo lo hasta aquí narrado se puede ver que fue la amistad de Rodríguez Casado con De la Puente y sus colegas del Instituto Riva-Agüero, lo que permitió que se concretara la llegada del Opus Dei al Perú y marcó algo peculiar en los comienzos de la Obra en este país, que vale la pena resaltar. En comparación con el inicio del Opus Dei en otros países de América, donde la intervención eclesiástica fue determinante, el caso del Perú fue algo distinto. Contaron, ciertamente, con la venia del arzobispo de Lima, pero lo que llevó a concretar esos inicios fue el interés y la colaboración de ese grupo de jóvenes profesores de la Universidad Católica.

Sin embargo, según una reciente publicación de Santiago Martínez y Federico Requena, *La expansión transnacional del Opus Dei desde España a Iberoamérica: orígenes, modalidades y contextos*, los contactos decisivos para el inicio del Opus Dei en el Perú fueron los eclesiásticos. Indudablemente, eso es cierto en términos generales, pues si no hubieran contado con la autorización eclesiástica, los planes de Rodríguez Casado y sus amigos peruanos no hubieran salido adelante, pero revisando con detalle las fuentes aparece esa peculiaridad del caso peruano, que hemos señalado. Se podría decir que la iniciativa civil se adelantó y acompañó a la eclesiástica. Además de lo que

hemos visto, esto se apreciaba también en el hecho que cuando Escrivá fue informado del ofrecimiento que hacían los profesores de la Universidad Católica, le hizo saber a Rodríguez Casado que antes de firmar ningún compromiso, debería hablar con el Cardenal de Lima y hacer las cosas de acuerdo con él. Se conserva una nota manuscrita de Álvaro del Portillo de septiembre de 1952, en la que recoge esta indicación expresa de Escrivá al responder a la propuesta que hacía Rodríguez Casado (AGP).

Cumpliendo con esa indicación de Escrivá, Rodríguez Casado visitó en noviembre de 1952, en compañía de De la Puente,³ al cardenal Guevara y monseñor Landázuri, su arzobispo coadjutor. En carta a Madrid, Rodríguez Casado calificó la reunión como «Espléndidamente bien». Fue una reunión muy grata en la que monseñor Landázuri comentó que su apellido era un modo abreviado de Ortiz de Landázuri y que sabía que en España tenía una pariente de la Obra. Se refería a la hoy beata Guadalupe Ortiz de Landázuri. También hablaron con afecto, siendo los dos obispos arequipeños, de su paisano Luis Sánchez-Moreno. Hay que advertir que el Opus Dei no era una novedad para el cardenal Guevara, pues en 1948 lo había visitado Pedro Casciaro a su paso por Lima y en 1950 había conocido a Escrivá en Roma y guardaba un grato recuerdo de ese encuentro.⁴ Con la conformidad del Cardenal, Rodríguez Casado continuó con las gestiones para la llegada de la Obra al Perú.

También es interesante destacar que la llegada del Opus Dei al Perú no fue una decisión que se iniciara desde las instancias de gobierno de la Obra; fue una oportunidad que surgió, como hemos visto, de los contactos que Rodríguez Casado tenía como historiador peruanista. Rodríguez Casado no tenía ningún cargo de gobierno en el Opus Dei. Lo que él hizo fue transmitir a las autoridades de la Obra el ofrecimiento que le habían hecho los profesores peruanos. Puede verse aquí una manifestación de la secularidad propia del carisma que recibió Escrivá para difundir la llamada a la santidad en medio del mundo santificando el trabajo y convirtiéndolo en ocasión de santificar a los demás.

Al llegar a Lima en 1953, Rodríguez Casado volvió a visitar al cardenal Guevara, esta vez acompañando a Botas. El Cardenal se encontraba internado en un hospital reponiéndose de una reciente operación. Recordaba Rodríguez Casado que apenas si podía hablar y cuando entraron en la ha-

³ José Agustín de la Puente facilitó esa reunión con los obispos, pues era amigo de ellos y estaba colaborando en los preparativos del Congreso Eucarístico que se llevaría a cabo en 1954, del que era uno de los secretarios de la comisión organizadora.

⁴ José Agustín de la Puente recordaba haber asistido a un banquete en Roma que ofreció Joaquín Ruiz Jiménez, el Embajador de España ante la Santa Sede en 1950, con ocasión del Año Santo, y al que asistieron, entre otros, Mons. Escrivá, Mons. Montini, el cardenal Guevara y Mons. Rodríguez Ballón, arzobispo de Arequipa.

bitación del hospital vieron con cuantos deseos los esperaba. «Chorrillos, les daremos la casa de Chorrillos», les dijo (*Diario de La Colmena*, AGP). Se refería a la casa que José de la Riva-Agüero tenía en Chorrillos, un pueblo de las afueras de Lima, y que formaba parte de la herencia que había dejado a la Universidad Católica (Arzobispado de Lima, *La herencia de la Riva-Agüero*).

Botas recordaba que algunas autoridades académicas habían pensado que el Opus Dei podría instalar ahí una casa de retiros. El Cardenal y su arzobispo coadjutor habían acogido la idea con entusiasmo. Estaban esperando que llegaran para decidirlo y la buena voluntad de todos era palpable. De la Puente también intervino en este asunto, hablando con el rector de la Universidad sobre esa posibilidad; sin embargo, no se concretó ese proyecto, pero se mantuvieron muy cercanos a las actividades del Instituto Riva-Agüero y a la Universidad Católica, con quienes Rodríguez Casado siguió colaborando. Al año siguiente, el P. Antonio Torrella, el segundo sacerdote de la Obra que llegó al Perú comenzó a dar clases en la Facultad de Derecho.

En estos primeros años, De la Puente entabló una profunda amistad con Botas, quien dejaría el Perú en 1958, pero que durante toda su vida seguiría tratando a la distancia a sus amigos peruanos. Con ocasión de su fallecimiento, De la Puente escribió en 2003:

Al lado de las certidumbres en el empeño apostólico, tuvo el padre Botas óptimas calidades personales para el desarrollo de su labor. Al convencimiento íntimo se añadía, en sus actos de todos los días, una clara vocación de servicio y una vivencia plena de la amistad con muchas de las personas a las que trató. Esa vivencia de la amistad se reflejaba, por ejemplo, en el hecho de que era un gran conversador. (...) Era servicial; hablaba claro, aunque fuera incómodo el tema que mencionara; nunca perdía las buenas maneras y decía lo que podía ser desagradable del modo que pudiera evitar la ofensa y el agravio. No se puede olvidar que en el desarrollo de su labor el padre Botas pasó momentos difíciles, de incomprensiones. Sin embargo, es verdad que abrió un camino y señaló una ruta a miles de personas y familias que no lo conocieron, y que hoy aprecian la labor que el Opus Dei realiza en el Perú (*El Padre Manuel Botas*, *Diario El Comercio*, julio de 2003).

En 1956, De la Puente pidió la admisión como uno de los primeros supernumerarios peruanos, junto a Enrique Cipriani Vargas, Antonio Lulli Avalos, Jacobo Rey Elmore, Jorge Velaochaga Miranda y muchos más que llegarían con el paso del tiempo.

Bibliografía

- Arzobispado de Lima (2010). *La herencia de la Riva-Agüero*. Lima.
- Cañellas, Antonio y César Olivera (2018). *Vicente Rodríguez Casado*. Madrid: Ediciones 19.
- Cotelo, Javier (2021). *Al volante de un santo*. Madrid: Rialp, 2.a ed.
- Crovetto, Fernando y Federico M. Requena (2021). «La expansión del Opus Dei desde España entre la aprobación definitiva y el II Congreso general (1950-1956)», en *Studia et Documenta*, vol. 15, pp. 247-284.
- Arzobispado de Lima. (s/a). *El amigo del clero*, órgano oficial del Arzobispado de Lima.
- González Gullón, José Luis y John F. Coverdale (2021). *Historia del Opus Dei*. Madrid: Rialp.
- Landázuri Ricketts, Juan (1994). *Recuerdos de un pastor al servicio de su pueblo*, Lima, Banco Interandino.
- Lohmann Villena, Guillermo (1995). «Aquella Rábida... de Don Vicente», en Fernández Rodríguez, Fernando (ed.), *El espíritu de la Rábida, el legado cultural de Vicente Rodríguez Casado*. Madrid: Unión Editorial.
- Martínez Sánchez, Santiago y Federico M. Requena (2023). «La expansión transnacional del Opus Dei desde España a Iberoamérica: orígenes, modalidades y contextos (1948-1956)», en *Revista de Historia*, n.º 30, pp. 1-35.
- Martínez Sánchez, Santiago (2023). «Los ojeadores. Un largo viaje en 1948 para preparar la llegada del Opus Dei a América», en *Studia et Documenta*, vol. 17, pp. 67-109.
- Morales, Carlos Javier. (2023). *Breve historia del Opus Dei*, Madrid: Alianza Editorial.
- Navarro, Concepción y Antonio Niño (2011). *La casa matriz del sueño hispánico. El Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe 1847-2009*, Madrid.
- Nieto Vélez, Armando (2014). «La obra memorable de un pastor ejemplar», en Castillo Mattasoglio, Carlos (ed.), *Caminando en el amor. El pastor de una Iglesia viva*, Lima: PUCP, pp. 27-33.
- Prieto Celi, Federico (2019). *Huellas de púrpura*, Lima: Fundación L. E. Tord, pp. 31-43.
- Puente Candamo, José Agustín de la (2022). *Memorias de Orbea. Infancia y Juventud desde una hacienda limeña*, Lima: Orbea Ediciones.
- Puente Candamo, José Agustín de la (1995). «Vicente Rodríguez Casado, Peruano», en Fernández Rodríguez, Fernando (ed.), *El espíritu de la Rábida, el legado cultural de Vicente Rodríguez Casado*, Madrid: Unión Editorial.

Rodríguez García, Vicente (2018). *Las iniciativas americanistas de Vicente Rodríguez Casado 1942-1949*, Sevilla: Fundeca.

Manuscritos

Archivo de José Agustín de la Puente Candamo (APC)

Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (AGP)

Epistolario de Vicente Rodríguez Casado, Serie M.1.1, Caja 1426-C43.

Epistolario de Manuel Botas, Serie M.1.1, Caja 1426-C44.

Diario de La Colmena-1, Serie M.2.2, Caja 386-7.

Archivo General de la Prelatura del Opus Dei. Sección Perú (AGP/P)

Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN)

Archivo Personal de Vicente Rodríguez Casado. Fondo Sevillano, Sección 1.^a, núm. 402.